

DISCURSO

pronunciado

en la velada literaria que en honor de

SANTO TOMÁS DE AQUINO

celebró el Seminario de Puebla la noche del 8 de Marzo de 1896.



ILMO. SEÑOR :

SEÑORES :

A las almas, Dios les habla sin ruido de palabras y sin murmullo de acentos articulados, sino con las mociones silenciosas é inefables de su gracia y las vívidas irradiaciones de su luz sempiterna, con las que sin abrasarlas, las alumbra. De manera distinta se comunica con la humanidad y con el hombre: O ha hablado el lenguaje humano, como á Adán en el Paraíso y como habló el Eterno Verbo al humanarse; ó les ha hablado por el ministerio de otros hombres, inspirando á éstos directamente como á los profetas en la Antigua Ley, ó revistiéndolos de carácter y poder especiales, como á los apóstoles

y sus sucesores, á los pontífices y sacerdotes en la Nueva Alianza.

Para dirigirlos é iluminarlos, el lenguaje habitual, por decirlo así, de la Divinidad, ha sido el de las inspiraciones de la santidad, del genio ó del heroísmo, á algunos hombres elegidos en los designios impene- trables de su sabiduría infinita, para ensan- char los horizontes de la verdad sobre la tierra, ó transformar la faz de ésta en los órdenes moral y sensible. Dios que por boca de Isaías llamó á Ciro por su nombre doscientos años antes de que naciera y por la de Daniel anunció las futuras conquistas de Alejandro; á su tiempo suscitará á Con- stantino y Carlo Magno, los dos grandes fundadores de imperios; encenderá para abrasar al mundo amor de serafín en el co- razón de San Francisco de Asis; ó levanta- rá como gigantescos faros para alumbrar los amplios mares de la inteligencia huma- na, á San Agustín y Santo Tomás, esos co- losos del genio, cuyas obras, la "Ciudad de Dios" y la "Summa," son sin duda las dos más altas y duraderas pirámides que haya erigido sobre la tierra el pensamiento del hombre.

Ninguna inteligencia de mortal ha reci- bido quizás homenajes más grandes de ad- miración sincera y de profundo respeto, que la de Santo Tomás de Aquino. Más de seis- cientos años há que expiraba en una pobre celda del convento de Fossa Nuova y con la humildad de su estado y su carácter, el modesto religioso, que hasta hoy siguen proclamándolo por su Angel las escuelas; cuya palabra continúa siendo la última que pueda pronunciarse, en las cuestiones más elevadas y profundas; en los problemas más trascendentales y más árdulos que abis- man nuestra mente y agitan nuestros cora- zones. En este mismo instante, en el rin- cón de un mundo para él ignorado, aquí estamos reunidos con el solo fin de inclinar con humildad las nuestras ante esa frente que Dios en su bondad y para iluminar los siglos, se sirvió sellar con el radiante é inextinguible sello del genio. Hacer la dis- tribución de premios entre los alumnos de un Seminario á los pies del gran doctor de la Iglesia, en verdad que es uno de los más hermosos y oportunos homenajes que pu- dieran tributarse al Angel de las Escuelas.

En 1259 asistió Santo Tomás al Capítulo

General de su Orden Dominicana que tuvo lugar en Valenciennes, y por él fué encargado en unión de Alberto Magno, de reglamentar los estudios escolares de su época. Tal vez no sea una tesis inadecuada para este pobre discurso, é inoportuna para este ilustrado auditorio, la grave cuestión de la enseñanza pública entre nosotros, tratada según las inmutables doctrinas de Santo Tomás y con arreglo á las necesidades de nuestro país, nuestra situación y nuestro tiempo.

El hombre no nace perfecto y por su naturaleza tiende á perfeccionarse. El estado primitivo y la caída original, son la clave que la revelación subministra para descifrar el enigma. Sin la luz de ella, la débil razón humana se pierde en conjeturas absurdas, pero no puede desconocer ni se atreve á negar el hecho. Para un sér inteligente y libre que nace imperfecto y tiende á perfeccionarse, la educación es el medio para ello más adecuado y conveniente. *Ex corpore et anima dicitur esse homo, sicut ex duabus rebus quedam tertia res constituta, que neutra illarum est.* El hombre nació para sí, la familia y la sociedad en el tiempo, y para Dios siempre, en el tiempo y en

la eternidad, pues es su último fin y al que toda vida debe ordenarse. *Tota humana vita oportet, quod ordinetur, in optimum et ultimum finem humane vite.*"

Partiendo de estos inconcusos principios sentados por la filosofía tomística, necesario es quedar persuadido de que la buena educación debe, por razón de la naturaleza del hombre, referirse tanto al cuerpo como al espíritu de éste, y por razón del fin comprender tanto la privada como la social, es decir la suficiente para ponerle en aptitud de llenar sus deberes para consigo mismo, la familia, la sociedad, y Dios sobre todo, que es su primer principio y su fin último.

No sería fácil precisar la verdadera causa, pero en México, por la altura, por las condiciones geológicas y meteorológicas del país, tal vez por la misma dulzura enervante de su clima, la raza humana no puede habitarlo sin debilitarse físicamente en sí misma y sobre todo en su descendencia. ¿De dónde vinieron las razas que primitivamente lo poblaron? continúa siendo un obscuro y desesperante enigma; pero en las que encontró la conquista, ya había la tradición de esa degeneración física. Que de

las europeas que después lo han poblado, fuera la española la que ocupara en su mayor parte el Nuevo Continente, fué tal vez un designio providencial, pues de todas es la que menos se debilita al propagarse en él. En México se ha observado que las razas sajonas degeneran más pronto que las latinas, y de éstas, la española é italiana menos que la portuguesa y la francesa.

La debilidad en nuestra raza se manifiesta especialmente en su fealdad, la fragilidad de su salud y la brevedad de su vida. Hipócrates, el padre de ella, definía la medicina, el arte de conservar la vida, la salud y la hermosura. La razón y la ciencia aconsejan que las tres bases principales de nuestra educación física, deben ser la buena alimentación, los ejercicios más apropiados al desarrollo corporal, y la mejor higiene en el vestido y las habitaciones. Todas las instituciones y todas las leyes por sabias y buenas que sean en sí mismas, serán ineficaces si no son la expresión de las buenas costumbres de antemano establecidas y consolidadas. Formarlas, pues, debe ser el primero de nuestros intentos, porque es la fundamental de nuestras necesidades.

La alimentación, que tan directamente se relaciona con la salud, es de tanta importancia en el orden social, que el mismo San Ignacio de Loyola, que aun en lo meramente humano ha sido quizás el organizador más sólido y profundamente pensador que haya habido en el mundo, quiso que sus hijos á quienes destinaba á una vida activa, á luchas tremendas contra el infierno y el mundo, estuviesen, sin faltar á la sobriedad cristiana, bien alimentados, para que pudiesen soportar sus meritorias y abrumadoras fatigas. Francia, que de los modernos es el país mejor alimentado, es el que en lo general tiene una población más sana y alegre, más activa y más discretamente laboriosa. Por buena alimentación no debe entenderse los refinamientos del sibaritismo ni los excesos de la gula. Después de acompañarlos en alguna de sus faenas agrícolas, compartir la alimentación de los campesinos franceses, es una grande é inocente delicia: el plato del labrador francés, aun en su mayor pobreza, es el perpetuo banquete de la sobriedad, la salud y la alegría. Hablando en familia, casi en secreto y henchido el corazón de sincera

ternura, todo puede decirse y oírse. Mientras nuestros desgraciados indios y nuestro pueblo pobre, sigan alimentándose con maíz medio crudo como las bestias, con cruel pimienta y esos brebajes envenenados que inspiran crímenes y desgarran las entrañas, estamos aún más allá de la conquista, aun no hemos salido de los límites de la barbarie.

Casi tan importantes son, para la educación y vida social, como la alimentación, el vestido y el aseo que con éste se relaciona. Washington, que á la profundidad de su prudencia agregaba las inspiraciones de su bondadoso corazón como de padre, encargó á los americanos cuando los hizo independientes, el aseo y la igualdad en el vestir, pues creía, y con razón, que sin igualdad en el vestido serían imposibles la igualdad social y política. El vestido es el eslabón mudo que ata las clases sociales y como la enseña de todos los oficios honrados de la vida civil.

Cuando engañándonos á nosotros mismos para dañarnos y con el fin de aumentar las tarifas de un ferrocarril, para distraer la atención pública, expulsamos de

nuestro suelo á las Hermanas de la Caridad; le proponían los poderes de entonces al Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de México, que si renunciaban á portar su hábito las Hermanas, no serían arrojadas del país. “Me es imposible, contestó llorando el afligido Arzobispo, sacrificar un solo pliegue ni una solo mota de sus venerados hábitos: son su escudo y su bandera: sin ellos su edificante caridad cristiana aparecería como una dudosa y vulgar filantropía. Mejor sacrificar á ellas que á su traje. Del sacrificio de su hábito tendría que responder yo: del martirio de esas santas víctimas responderían sus verdugos.”

Los árabes beduinos tienen sus túnicas como los hijos de los patriarcas: los fellhas del Egipto y los abisinios también están vestidos. En el centro del Africa y en algunas islas de la Oceanía, hay pueblos bárbaros que están desnudos; pero un pueblo vestido de andrajos de aseo y de impudor, sólo entre nosotros se encuentra. Sin vestido no puede inspirarse respeto á los demás porque se siente el desprecio de sí propio. Los americanos, que es el pueblo que más intensa y sinceramente nos detesta,—

para resumir en una sola palabra todo su orgullo y todo su odio, nos llama los gra-sientos. Por duro que sea, hay que aprovechar el consejo del enemigo. Debemos persuadirnos de que un pueblo desnudo, no merece sentarse al banquete de la civilización.

Y no basta á disculpar nuestra sucia desnudez lo exíguo de nuestros jornales y los altos precios de las importaciones. Es de una necesidad indeclinable y de una patente justicia, la promulgación de alguna ley indumentaria que haga obligatorio el vestido para todas las clases sociales. Si para vestir á nuestro pueblo nada podemos sisar á las pródigas subvenciones que regalamos á las empresas extranjeras, á las concusiones y á los peculados, que se obligue entonces á todos los amos á vestir á sus domésticos, á los patrones á sus obreros, á los hacendados á sus peones, á las empresas públicas y compañías privadas á sus servidores, y que el Gobierno, sobre todo, sea el primero en dar el imponente ejemplo aseando y uniformando á todos sus empleados. Si no logramos en lo que falta de este siglo vestir á nuestro pueblo, á los princi-

prios del entrante acabaremos de perder nuestra autonomía social, quedando convertidos todos, á pesar de la dulzura de nuestro clima y las riquezas de nuestro suelo, en un hacinamiento de hambrientos y desnudos jornaleros, en un montón de asquerosos mendigos, revolcándose sobre un tapiz de flores y bajo un fanal de zafir.

Así como en lo material, debe nuestra educación pública dedicarse á combatir de preferencia la desnudez y el hambre que son las dos más acentuadas manifestaciones de nuestra debilidad física; así en otro orden superior, necesita consagrarse con todo empeño y grandísimo esfuerzo, á contrarrestar hasta extirparlas, la pereza, la falsedad y la envidia, que son las tres más repugnantes expresiones de nuestra debilidad moral. Sondear las propias llagas para curarlas, no es crueldad, sino discreción y amor. Pega pero escucha, le dijo Temístocles, cuando Euribiades se enfureció al oír la verdad.

Tal vez encuentre alguna atenuación nuestra culpa, en la fecundidad de nuestra tierra, que sin fatiga del hombre, le prodiga todos sus frutos: en esas enormes rocas de

oro y plata que sustentan nuestro suelo: en las engañosas y enervantes dulzuras de un clima delicioso, en que las noches son tan templadas y tan claras como los días, en que las brisas de sus más ardientes veranos parecen aliento tibio de hadas, y las ráfagas de sus más crudos inviernos, apenas golpean la cutis como con pétalos de rosas empapadas en rocío. Tal vez sea ésta nuestra débil disculpa; pero no amamos el trabajo y no queremos trabajar, y sin el sudor de su rostro, ningún hombre y ningún pueblo comerán su pan.

Del americano, que lo tenemos tan cerca y enfrente como un ejemplo y una amenaza, quizás su sola cualidad y la sola causa de su portentosa prosperidad material, sea su amor al trabajo. En sus ciudades, aldeas y campos, hay un torbellino de actividad y de labor, que desvanece y asombra: en algunas de sus poblaciones, las fabriles y marítimas, hay tal fiebre y tal estruendo de trabajo, que en su comparación parecen silenciosas y quietas hasta Liverpool y Manchester. No con esa codicia y ese exceso, que hacen del hombre casi una aspa ó un émbolo; pero si estando al lado de ese hu-

racán seguimos en no querer trabajar, seremos arrebatados como hojas secas que arrastra el vendabal.

Nuestra pereza nos ha llevado ya hasta el borde del abismo de la miseria. En 1821 era nuestra, toda nuestra patria, y hoy casi nada es de nosotros; apenas si nos quedan diseminados en la amplitud de nuestro vasto territorio, algunos pedazos de tierra estériles ó pantanosos, algunos agujeros de minas agotadas, algunas pocas casas ruinosas en nuestras ciudades, y algunas pobres cabañas de adobe en nuestros campos, tristes y miserables, como aduares de salvajes. Los ferrocarriles, los bancos, las fábricas, los grandes cultivos, el comercio exterior é interior, todo es ajeno. Si no conservamos á fuerza de actividad y diligencia, los pocos puestos que nos quedan en las filas del trabajo, ¿dónde y cómo encontrarán mañana su pedazo de pan los infortunados nacionales? El erario, aunque no estuviera siempre afligido y alcanzado, no podría mantenernos á todos. El Pritaneo sólo mantenía á las miserias más insignes y gloriosas de Atenas.

¿Por qué no lo será la nuestra, siendo

hija de dos razas tan leales? Los indios son taciturnos y desconfiados, pero de una firmeza de roca: Mejía no quiere ni salvar su vida sin la de su Emperador; Juárez, que era como Sila, el mejor de los amigos y el peor de los enemigos, para todos los suyos más que amigo fué su padre; y Almonte que trajo la intervención, la volvió á llevar con esperanza de traer otra que mejor sirviera. Los españoles tan propensos á la altivez y violencia, son leales y francos. Calleja, porque así lo creía con plenitud de conciencia, no vacila en proponer como el mejor medio de sofocar la insurrección, batir y ahorcar á los insurgentes; Dávila, cuando todo el país había proclamado su independencia no rinde el castillo de San Juan de Ulúa, "porque España no lo había mandado para entregarlo sino para defenderlo."

La falta de sinceridad en nuestro carácter, llena de amargura el hogar y los afectos íntimos. Ha hecho imposibles casi, todos los tratos del comercio humano: los documentos de muchas instituciones de crédito y las escrituras públicas, están redactadas bajo la inspiración de una desconfian-

za tal, que hace inútiles los Códigos é implica hasta la renuncia de los principios fundamentales del derecho: las compañías anónimas infunden temores insuperables y ninguna grande empresa puede acometerse, por falta de lealtad y recíproca confianza, que son el alma de los trabajos colectivos. Los recursos del crédito, tan fecundos en resultados benéficos para las transacciones mercantiles y las combinaciones industriales, por deficiencia de sinceridad, están perdidos para nosotros.

Y más estragos que la falsedad ha causado en nuestra vida social, la envidia, que ha sido el naufragio de nuestras antiguas y buenas costumbres domésticas, y el borrón de nuestra historia. A esta pasión desastrosa debe atribuirse el apocamiento y la falta de espíritu de empresa en nuestros ricos que nada se atreven á emprender en provecho suyo y procomunal, porque á toda iniciativa de su parte, basta presumir que será provechosa, para que la acompañen nuestros votos, aunque silenciosos, vehementes, de que fracase. La envidia ha apagado el fulgor de las glorias más verdaderas y legítimas. Con el pasado no debe ha-

ber partidos ni ceguedad de pasiones; á todos los muertos se les debe el mismo respeto y la misma serena y justa imparcialidad. La envidia, sin embargo, ha logrado entre nosotros, hasta espesar tinieblas y ahondar silencios en torno de las tumbas más inviolables y más ilustres. Sánchez de Tagle fué uno de los más elocuentes oradores de nuestra tribuna, Lares el más sabio de nuestros legisladores y Alamán nuestro primer hombre de estado: de los primeros ni se habla y del último se habla con odio. A Iturbide y á Miramón, los mató la envidia de sus enemigos y sus émulos.

Ardua empresa es la educación social de un pueblo, que es el auxiliar más eficaz para lograr la enseñanza escolar. Pero si entre nosotros tan difícil es la social porque hasta ahora no se ha intentado siquiera, lo es mucho más la escolar, pues necesitase para su planteamiento comenzar por destruir las falsas bases sobre que se halla asentada.

De todas las libertades que ha defraudado al pueblo el liberalismo con sus errores y sus pasiones, después de la religiosa, la pérdida más dolorosa y que es más digna

de ser llorada y reivindicada, es la de la libertad de enseñanza. La Constitución la garantiza, pero desde el momento en que el poder debe autorizar el ejercicio de las profesiones, que los títulos de ellas no se expiden sin exámenes, ni éstos pueden sustentarse sin estudios hechos bajo el plan y los textos oficiales; la libertad de enseñanza, por una irrisión depravada y cruel, se convierte en la más abominable de las tiranías: la de las inteligencias y las conciencias. La de instrucción pública es la ley que ha desgarrado más ternuras y hecho derramar más amargas lágrimas á los hogares, y que acabará por convertir el pensamiento y corazón nacionales, en una masa pútrida de estupidez y de impiedad.

Aceptado por todos los Estados el plan de estudios que rige en el Distrito Federal, se ha hecho casi una ley nacional y á él han tenido que plegarse los establecimientos de enseñanza privados, algunos seminarios, y hasta los Jesuitas, tan experimentados, tan sabios y tan beneméritos de la instrucción pública en el mundo, se sienten engrillados en sus colegios, con las pesadas cadenas de semejante plan de estudios, forjado en las

tinieblas de las logias como un ariete contra la enseñanza católica. Los vicios radicales de este plan de estudios, son la confusión y conmixión de todos los estudios preparatorios, hechos bajo un mismo sistema y en una misma escuela para todas las carreras; el exceso de materias é intemperancia de sabiduría en los estudios profesionales; el sentido tan poco práctico con que éstos han sido reglamentados; su carácter oficial; y el divorcio sobre todo de la idea religiosa, sin la cual no pueden tener objeto ni base, cimientos ni cúpula, estudios algunos.

Los estudios preparatorios no pueden ser los mismos para todas las carreras, ni menos enseñarse en una misma escuela. Cada profesión tiene su disciplina particular, y exige aptitud y preparación especiales. No pueden unos mismos estudios servir de base á ciencias absolutamente diversas, ni menos las matemáticas superiores, tan abstrusas y de tan limitadas aplicaciones, ser el fundamento indispensable para todas las ciencias tanto experimentales como morales. Enseñar en una misma escuela todos los preparatorios, es hacer del estudio un

tumulto, suprimir todas las emulaciones legítimas y todos los prudentes discernimientos de la diversidad de talentos, y convertir el aula en una inmensa hornaza, en la que de un golpe se fundan todos los preciosos, con todos los metales viles y todas las escorias.

Tantos y tan amplios son los conocimientos que se exigen para las carreras profesionales, que ninguno puede llegar á ser profesor en una sin serlo en todas. El ingeniero necesita ser astrónomo: el arquitecto, químico: el agricultor, literato: el jurisconsulto, sublime matemático: el artista, físico: el comerciante, jurista; y todos políglotas consumados, pues además de la propia, necesitan conocer cuando menos otras dos lenguas muertas y tres vivas. Bajo plan semejante, no podrían llegar á ser en conciencia profesores, ni los más grandes ingenios que haya habido en el mundo.

De esta aspiración pletórica á una sabiduría inasequible, ha resultado que todas las profesiones han tomado un carácter tal de meramente teóricas, que ni para el individuo ni para la sociedad, llegan á traducirse en hechos prácticos y beneficiosos. Los